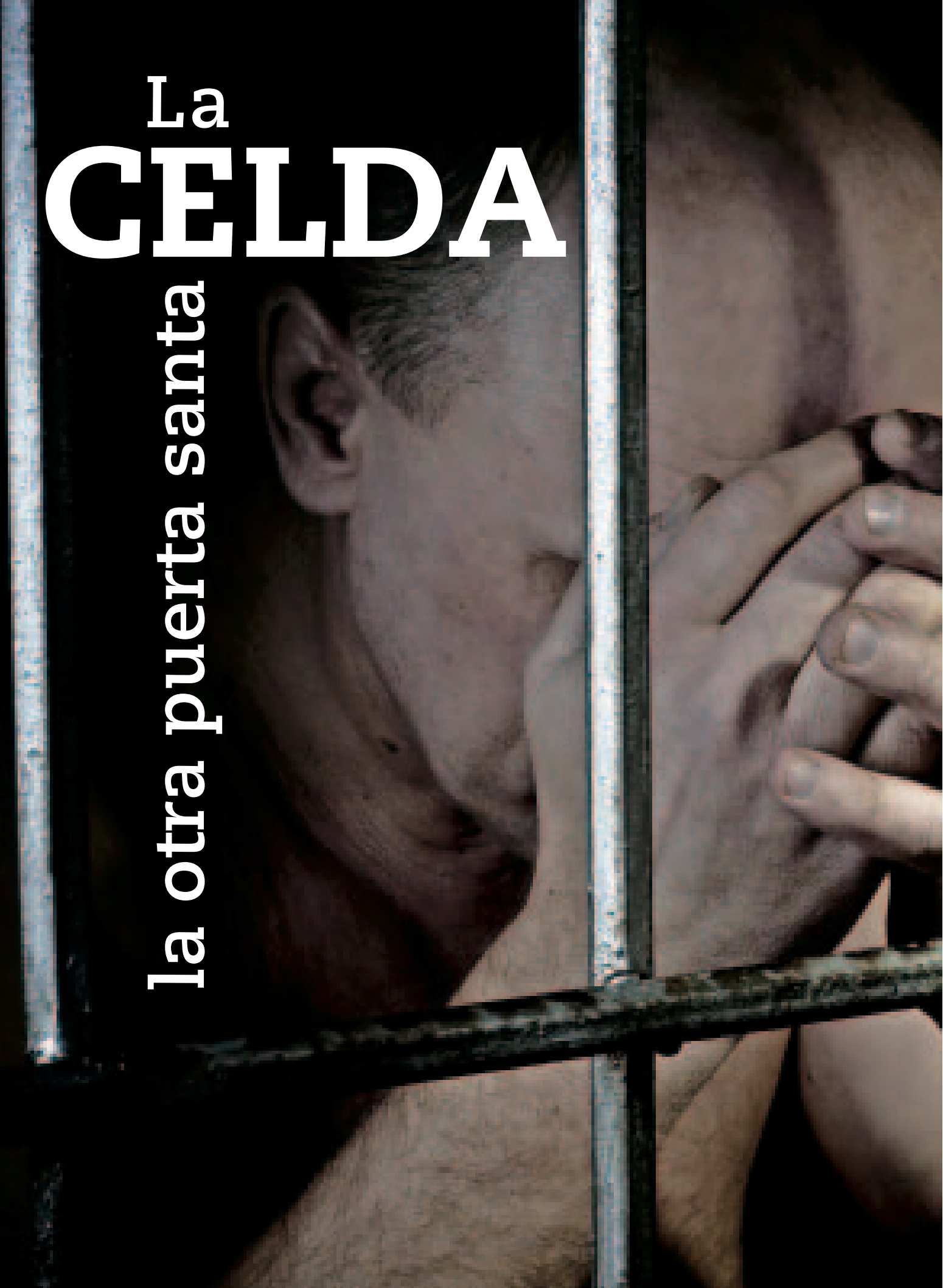



# La CELDA

la otra puerta santa



A close-up photograph of a hand gripping a vertical metal bar, likely from a prison cell. The hand is in the foreground, slightly out of focus, while the bar is sharp. The background is dark and indistinct.

En las cárceles españolas, 137 capellanes y más de 3.000 voluntarios ayudan a los presos a sentirse personas de nuevo. Es la pastoral de los excluidos, de los marginados. Y estos descansan su culpa en los hombros de laicos y religiosos que testimonian a Dios entre barrotes. Con la vista puesta en el perdón, miles de condenados de medio mundo acudieron a Roma el 5 de noviembre para celebrar el Jubileo.

#### RUBÉN CRUZ

**A**brazar la misericordia. Con ese propósito pusieron rumbo a Roma miles de presos de distintos puntos del mundo para celebrar el Jubileo de la Misericordia. Otros se quedaron entre cuatro barrotes, pero no por ello dejan de abrazarla, porque “también la puerta de la celda de una cárcel puede convertirse en una puerta santa”, como recordó **Francisco** en su carta con la que concedía la indulgencia con ocasión del Jubileo. Y es que “la misericordia de Dios, capaz de convertir los corazones, es también capaz de convertir las rejas en experiencia de libertad”. La cárcel también es Iglesia. En ellas, 137 capellanes acompañan a los presos. Y 3.000 voluntarios acuden cada semana para animar, para escuchar o, simplemente, para estar. ¿Por qué es necesario que la Iglesia se haga presente en prisión? ¿Cómo se lleva la buena nueva? ¿Cómo viven los presos su fe bajo una situación de privación de libertad?

El mismo Cristo, que pasó por la cárcel, lo recuerda en Mateo 25, 34-36: “Venid vosotros, benditos de mi Padre, (...) porque estuve en la cárcel y vinisteis a verme”. “La Iglesia, desde los tiempos apostólicos hasta el momento presente, ha procurado ser fiel a este mandato del Señor, porque la sociedad reconoce el derecho personal de todo interno a ser atendido conforme a su confesión religiosa y nosotros, los cristianos, porque, como nos lo recuerda el Señor, ‘cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis’ (Mt 25, 40)”, explica el mercedario **José Sesma**, quien fuera durante más de 20 años director del Departamento de Pastoral Penitenciaria de la CEE. >>

## A FONDO

### LA OTRA PUERTA SANTA

» Teniendo en cuenta que gran parte de la población penitenciaria está bautizada, la buena nueva se lleva a la prisión con mucha normalidad, según los capellanes. Lo hacen a través de las celebraciones litúrgicas, talleres de Biblia, talleres de formación en valores cristianos, grupos de catequesis, acompañamiento personalizado y testimonio. Sesma se ha dedicado a los presos durante toda su vida “sin dificultades mayores que las encontradas en cualquier otra parroquia”.

Sin embargo, su responsabilidad en prisión era encauzar vidas que habían causado mucho dolor en el prójimo. “Y esto es lo complicado”, subraya. “Normalmente –continúa–, la sociedad queda satisfecha con el cumplimiento de la sentencia, pero queda ignorada la víctima y su dolor”. Por eso, “la justicia restaurativa, que va introduciéndose en España, puede ayudar al infractor a responsabilizarse del daño; y la víctima puede manifestar su dolor y sentirse escuchada, al tiempo que constata la voluntad del infractor de satisfacerle en su dolor”, explica. Porque “si el delincuente no se responsabiliza del delito y del daño causado (lo que para el infractor creyente se realiza también a nivel de conciencia), difícilmente cambiará en su proceder por muchos años que pase en prisión”, sentencia.

**Aurelio Gil**, delegado diocesano de Pastoral Penitenciaria de Sevilla y capellán del Centro Penitenciario Sevilla I, tiene más de 15 años de experiencia a sus espaldas como capellán de prisiones. Él defiende la presencia de los sacerdotes en prisión porque “el evangelio es para todos, y quizá los presos están más necesitados de él por su situación”. Y aunque pueda parecer “territorio hostil”, nada más lejos de la realidad,



ya que “muchos comienzan a encontrarse con Dios aquí, lo buscan”, explica. Como en cualquier otra parroquia, los presos pueden confesarse antes o después de la eucaristía. Aunque muchas de las confesiones se producen diariamente durante un paseo en el patio o en una celda.

La pastoral penitenciaria centra su acción en la reinserción. Y no hay una respuesta común, porque “no hay dos presos iguales”, comenta Sesma. “Se procura cuidar mucho la familia, que es el ‘lugar propio’ de todo preso cuando

recupera la libertad; y, si por alguna razón no puede contar con su familia, el voluntariado le forma un entorno de acogida y le facilita alojamiento en los centros de acogida, que en casi todas las diócesis están a disposición con esta finalidad”, señala el mercedario. Por otro lado, “se procura también que el interno conserve o recupere su vinculación con la parroquia de origen, propiciando las visitas del párroco o de su delegado, a fin de insertarlo en la sociedad progresivamente a través de su vinculación parroquial”, añade.



“La búsqueda de Dios les ayuda a sobrellevar su situación. Hacen balance de las razones que les han llevado a prisión y, gracias a ello, aprenden a perdonarse a sí mismos”, indica Aurelio. Se acerca la Navidad, y la capellanía tiene la posibilidad de dar un regalo. Los capellanes hacen de Reyes Magos. Por su dedicación y, sobre todo, la capacidad de escucha, son queridos en los centros. Los capellanes y voluntarios tienen en las prisiones españolas autorización para estar en los distintos módulos. “Nos dejamos ver y se nos acercan los internos”, señala el andaluz. Y se acercan porque no se sienten juzgados, ya que no preguntan cuál ha sido el delito que les llevó a prisión, es una norma no escrita; de hecho, “en la mayor parte de los casos no lo sabemos”, dice Aurelio Gil.

**“El evangelio es para todos, y los presos están más necesitados de él por su situación”, dice un capellán**

Escucha y cercanía son los dos ingredientes que **Domingo del Blanco**, director del Secretariado de Pastoral Penitenciaria de León y capellán del Centro Penitenciario de Mansilla de las Mulas, considera básicos para atender a los presos. Su bagaje de acompañamiento lo ha ganado con más de 15 años en la pastoral de la salud, pero “mi obispo me ha querido ahora aquí, en otra realidad pero al filo del dolor siempre”, explica. Del Blanco, en sus casi cuatro

años a cargo de la pastoral penitenciaria, se ha dado cuenta de que es importante hacerles ver a los internos que “igual que han sido instrumento para el mal, Dios cuenta con ellos para ser instrumento del bien”. Pese a las dificultades para evangelizar hoy en una sociedad cada vez más secularizada, en León están “encontrando la fórmula”. Para ello cuentan con la ayuda de 23 voluntarios, “con facilidad para la escucha, que es lo que necesitan los presos”. >>



## OPINIÓN

JOSEP ÀNGEL SAIZ MENESES. OBISPO DE TERRASSA Y RESPONSABLE DE PASTORAL PENITENCIARIA DE LA CEE

### Invita a los que no pueden corresponderte

**H**ay quien se pregunta por qué hay que evangelizar en las cárceles. Yo respondo con dos citas del Evangelio. En primer lugar, con el examen de amor que propone **Jesús** en la parábola del juicio final: “Estuve (...) en la cárcel, y vinisteis a verme” (Mt 25, 35-36). En segundo lugar, con su mandato misionero: “Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28, 19). La pastoral penitenciaria forma parte de la misión de la Iglesia, que continúa y desarrolla a lo largo de la historia la misión misma de Cristo, que quiere conducir a todos los hombres y las mujeres a la fe, a la libertad, a la paz y al amor.

La evangelización consiste en llevar la buena nueva a todos los ambientes, transformar la humanidad a través de la transformación del ser humano. Su finalidad es la conversión del hombre y de la humanidad. Transformar la circunstancia del hombre: criterios, valores, centros de interés, líneas de pensamiento, cultura, fuentes de inspiración, modelos de vida, en definitiva, cambiar su corazón, su vida entera.

El papa **Francisco** nos anima constantemente a salir a las periferias geográficas y existenciales, a llegar a todas las personas, sin excepciones. Ahora bien, si hubiera de tener alguna preferencia, ¿a quiénes se debería privilegiar? La respuesta está en el

mismo Evangelio: no tanto a los que te corresponderán invitándote a su vez, y de esta forma quedarás pagado. Invita a los que no pueden corresponderte (cf. Lc 14, 12-14). Ahí encuentra todo su sentido la pastoral penitenciaria; se trata de ayudar a los internos a recuperar su dignidad, que brota del amor que Dios tiene a toda persona, de cualquier condición y en cualquier situación. Desde ahí intentamos ayudar y acompañar a estos hermanos nuestros para que recorran un camino de rehabilitación y de perdón, de justicia y de verdad, para que experimenten la misericordia de Dios. Una tarea difícil y apasionante a la vez. Un signo de que el Reino está presente entre nosotros. ●

» En el penal de León hay dos misas semanales, todos los sábados por la tarde. A la primera, en el módulo de respeto, acuden unos 100 internos. Mientras que a la segunda, con los más incomunicados, van unos 20. La labor de los voluntarios aquí es diaria, incluso tienen un taller de lectura creyente. No solo los católicos acuden a hablar con el capellán. “En general, quieren acercarse. Incluso los musulmanes. Algunos me han pedido la Biblia porque tienen dudas sobre algún pasaje”, comenta Del Blanco. Acercarse muchas veces es necesidad, ya que muchos han perdido el arraigo familiar y su nueva familia la encuentran entre capellanes y voluntarios.

Y los presos, ¿aportan algo a los capellanes? “Al principio, parece que vienes a llevar algo a los de dentro y, a lo largo del tiempo, te das cuenta de que es un intercambio, un enriquecimiento. Quieres compartir y aportar, pero recibes mucho más por parte de ellos. Soy testigo de que hay una Iglesia de presos que vive el evangelio y la esperanza. Ellos nos evangelizan, es recíproco”, explica **Norberto Otero**, capellán de Aranjuez (Madrid). Este hijo de la caridad acompaña desde hace 13 años a los presos en la misma prisión. Un tiempo que le ha servido para tener claro que “en la cárcel, la buena noticia es el ministerio de la escucha y de la misericordia. Es de los lugares donde uno vive de forma más patente el perdón, el arrepentimiento, lo que significa dar una oportunidad...”.

La prisión es una de esas periferias existenciales que Francisco ha sacado a la luz de nuevo. “Menos mal que hay gente que no nos olvida”, le recuerdan constantemente los presos a Otero. Y con esas palabras cae en la cuenta del papel que juega la Iglesia donde están los

olvidados. “Para mí es más fácil evangelizar en prisión que en la calle. Es más fácil hablar del perdón con ellos”, dice. Así, Norberto no deja de sorprenderse cuando los internos le cuentan que quedan algunas noches para rezar con el mismo texto del evangelio pidiendo por todos los presos del mundo.

En Aranjuez cuentan con seis voluntarios que acuden al penal dos veces en semana. Actualmente se dan dos talleres, uno de valores y otro de autoestima. Los sábados celebran la misa unos 200 internos, contando los dos turnos. De hecho, se tiene que hacer en el salón de actos, ya que no entran todos en la capilla. Y esta ayuda no es solo espiritual. El acompañamiento es integral, a nivel humano, económico... “Esta tarea les hace replantearse su fe. Para muchos, Dios es su gran descubrimiento y quien acompaña su proceso”.

Bajo estas líneas, el obispo Iceta junto a parte de su equipo de pastoral penitenciaria. Abajo, algunos internos hacen deporte



Dentro de su infinidad de anécdotas, el hijo de la caridad comparte la de un interno que, por error, mató a su hermano. “Fue una pelea y el no tenía esa intención. Su familia lo abandonó. Pero Dios perdona incluso eso, aunque nos parezca tan salvaje. Y la manera de llegar a ellos es mediante el abrazo, que sientan que Dios les abraza. No obstante, lo más difícil es que ellos mismos se puedan perdonar”, relata.

Norberto se ha enfrentado también en estos últimos años a unos internos diferentes, personas que nunca pensaron acabar en una prisión. Desde **Carlos Fabra** a algunos procesados por la Operación Púnica. “En Aranjuez hemos tenido casos de corrupción, pero tratamos a estas personas como a los demás. La realidad es que aunque fuera son gente poderosa, aquí se sienten desvalidos y agradecen cualquier palabra”, indica.

### Presos musulmanes

“Cura, cura, ven aquí, tómate un café”. Así reciben los internos a **Miguel Tenorio**, capellán de la prisión de Ceuta desde 2013. “No puedes decirles que no, porque una invitación para ellos es lo máximo”, cuenta. En una prisión donde la inmensa mayoría es musulmana, de los 40 cristianos que se encuentran privados de libertad, alrededor de 20 asisten a misa. Pero Ceuta es una prisión diferente, es de las denominadas preventivas, por tanto, los presos no están más de un año y son trasladados a cumplir su pena a otra provincia –casi todos los delitos son por tráfico de drogas–. En la ciudad autónoma, Miguel es el párroco de San José. “Aquí musulmanes y cristianos vivimos juntos y nos preocupamos los unos por los otros. En el barrio, los musulmanes me cuidan la parroquia cuando no estoy”, relata.





Su papel en la prisión lo tiene claro desde un principio: “No puedes ir a predicar, vas a nivel humano. Ellos te comentan su experiencia. Yo les cuento incluso mis problemas también y, a partir de ahí, Dios sale solo”. Dos matrimonios ayudan a Miguel en la pastoral penitenciaria. A la prisión acuden todos de jueves a sábado. “Estoy deseando toda la semana que llegue el jueves para ir a ver a los chicos. Ellos saben cuándo voy y me esperan en el hall”, dice Tenorio.

El mensaje de **Jesús** está más presente y es más real en prisión. Lo dice **Ángel Luis Martínez**, capellán de Alcalá de Guadaira (Sevilla). Con una experiencia de casi 20 años en la pastoral penitenciaria, no considera la prisión un lugar hostil para la religión: “Se nos acercan, confían en nosotros. Quienes tienen raíces cristianas se abren más y valoran mucho la presencia del sacerdote”. Alrededor de 40 presas acuden a misa. Una celebración “más rica y participativa, donde se te abre más el corazón: el padre nuestro es más cercano, el abrazo de la paz lo sientes más...”, explica. Sus homilías se convierten en catequesis. “Les hablo de temas morales y éticos, para que lean y mediten el evangelio y lo hagan vida allí, y no esperan a salir”, cuenta.

Con siete voluntarios, entre religiosos y laicos, las reclusas se apoyan en ellos. “Son aire fresco que entra en nuestros ‘chabolos’”, dicen. La experiencia de Ángel en Alhaurín de la Torre (Málaga) le llevó a tratar

con muchos de los condenados por la Operación Malaya. En Guadaira coincidió con **Isabel Pantoja**. A todos les aconseja lo mismo: “Pedid perdón”.

Los voluntarios son la columna vertebral de esta pastoral. Acuden al encuentro con los presos para escuchar, para hablar o para jugar al tute o al baloncesto. **Jorge Muriel** es el responsable de Pastoral Penitenciaria de la Diócesis de Bilbao. Acude cuatro días por semana a la prisión de Basauri. Cambió la pastoral familiar por la penitenciaria porque le apetecía “estar con los excluidos”. Aunque a veces se ha preguntado qué hace una persona como él en un lugar como ese: “Yo iba a llevarles a Dios y resulta que Él me ha salido al encuentro”. En esta prisión hay condenados por pertenencia a ETA, pero para Jorge se trata de presos como otros. “A misa viene uno, pero no tengo ningún problema con él, salvo que es de la Real Sociedad y yo del Athletic”, dice con humor.

Para Jorge, la clave del mensaje que llevan a prisión es la alegría. “La cárcel es un lugar triste, indigno, nosotros tenemos que llevar la imagen de Dios como un símbolo de alegría”. “Para muchos –continúa–, somos lo único que tienen. A ellos les hace falta sentirse personas. Les consideramos como tal, como rostros de Dios. Y ellos lo notan”. Así, como diría Francisco: “Que a todos ellos llegue realmente la misericordia del Padre que quiere estar cerca de quien más necesita de su perdón”. ●



SEBASTIÀ TALTAVULL  
OBISPO AUXILIAR DE  
BARCELONA

## ¿Por qué ellos y no yo?

**A** sí de fuerte ha resonado la pregunta del papa **Francisco** en el Jubileo de los presos. Pregunta llena de corazón y empatía, expresión de una realidad que conmueve y hace pensar hasta qué punto el ambiente que nos rodea está condicionando nuestro comportamiento. Ha dicho en su homilía que “todos tenemos la posibilidad de equivocarnos: todos. De una u otra manera, nos hemos equivocado. La hipocresía hace que no se piense en la posibilidad de cambiar de vida, hay poca confianza en la rehabilitación, en la reinserción en la sociedad”. Dice, a la vez, que “señalar con el dedo a quien se ha equivocado no puede ser una excusa para esconder las propias contradicciones”.

Entonces, ¿por qué ellos y no yo? También me lo pregunto yo mismo después de compartir la eucaristía jubilar en una de las cárceles de nuestra ciudad y escuchar de los mismos reclusos la necesidad de su rehabilitación, junto con un vehemente deseo de integrarse en una sociedad que los quiera y no los engañe. Identificados con el hijo pródigo, reconocen que la historia se repite y el abrazo del Padre puede dar un vuelco a sus vidas. Así han entrado por la puerta santa de las dependencias de la cárcel donde hemos celebrado la Eucaristía. En este ambiente favorable he escuchado esta espontánea confesión de fe: “Dios, hoy, ha tocado mi corazón y he experimentado su cercanía”.

Profundizando en el sentido de la misericordia –que es la apertura del corazón afectado por la miseria del otro– y abrazándonos a la cruz de **Jesús**, vemos que no hay que caer en la tentación de pensar que no podemos ser perdonados. “Solo la fuerza de Dios, la misericordia, puede curar ciertas heridas”. He visto que en este espacio –que es la cárcel– es posible vivir la libertad interior, la que une corazones y promueve gestos que ya son signo de una rehabilitación conseguida.



Susana Cano, durante un taller con Fernando (suéter azul), David (gorro) y otros reclusos de permiso

# La pastoral más allá de la prisión

R. CRUZ

**E**l compromiso de la Iglesia con la pastoral penitenciaria no empieza ni acaba en la prisión. Hace varios años se hizo patente la necesidad de crear recursos para cuando los presos salen de permiso. En este punto trabaja la Asociación entre Pinto y Valdemoro, perteneciente a la Diócesis de Getafe. Ellos cuentan con el Centro de Acogida Isla Merced en Casarrubuelos (Madrid) desde hace más de 15 años. Este es solo uno de los 77 que la Iglesia gestiona en España, y donde gracias a ella 2.000 presos pudieron disfrutar de su libertad el pasado año.

La educadora social de Isla Merced, **Susana Cano**, tiene la misión de impartir talleres educativos y de organizar las tareas de la casa, que son responsabilidad de los internos: ellos cocinan y limpian. “Su principal flaqueza está en las habilidades sociales, y en ello ponemos énfasis”, explica. “Hay que tener en cuenta que, aunque para nosotros es lógico pensar que los problemas se solucionan hablando, en la cárcel impera la ley del más fuerte, por lo que hay que reeducarlos”, añade.

Esta casa es más que un lugar de acogida, porque para mu-

La Diócesis de Getafe cuenta con una casa de acogida en Casarrubuelos para que los presos puedan salir de permiso

chos es su única salida. Y es que el reglamento penitenciario exige que alguien avale que van a hacer buen uso de los permisos. Ese aval lo encuentran muchos presos en esta asociación, puesto que no tienen relación con su entorno familiar o su familia está lejos. Además, aquí no se sienten señalados: “No tengo en cuenta sus delitos, porque son personas y están arrepentidos”, señala Susana, que lleva más de dos años en el centro. ¿Y no dan problemas los internos?, le preguntamos. Susana se ríe. “El mayor problema es si uno limpia o no”, comenta mientras recoge el material de una actividad.

**Fernando** ha sido uno de los usuarios de la casa, y ha sido su única vía para obtener los permisos, puesto que lleva más de 15 años sin hablarse con su familia. En 2010 entró en prisión y hoy en día disfruta de permisos puntuales. Sin embargo, vislumbra su futuro con tristeza: “Lo veo negro”, recalca. “A lo largo de mi vida lo he ido perdiendo todo, mi familia, mis amigos... Y laboralmente estoy fuera de circuito, porque aunque he sido transportista y pintor, con la droga mi vida la dediqué a robar”, cuenta mientras le da una calada a un cigarrillo.

De la labor de los capellanes y voluntarios, Fernando destaca que les proporcionan aire puro: “Supone salir de la rutina. Vas a misa, te relacionas con gente que no está en la prisión y que lleva una vida normal...”. Respecto a su fe, confiesa que “al estar en prisión, lo valoras mucho más, te hace ser más consciente de la labor de la Iglesia”, porque el trabajo de los capellanes no es decir misa, “es una labor profunda”.

En la casa casi todos se conocen, ya que comparten módulo en Navalcarnero o Valdemoro. Allí también ha residido **David**, que entró en prisión en 2007 con una condena de 15 años. Sus padres han fallecido y no tiene relación con sus hermanos, por lo que la asociación se convirtió en la vía de escape. Llegó a la casa porque algunos compañeros le habían hablado de ella, y no hay muchas casas de acogida que avalen a los presos. “No les importa mi causa, no me conocen, y me tienden la mano”. Y es que “somos personas antes que presos, algo en lo que la gente no repara”, explica. David ha aprendido que por estar en prisión su vida no ha acabado: “Dios me ha dado paciencia y perseverancia para seguir, porque si no, no sé si hubiera seguido adelante...”.



# Peregrinar a Roma: ser libre de nuevo

JONATHAN HERRERO. INTERNO DE LA PRISIÓN DE VALDEMORO (MADRID)

**A**ún sigo muy impresionado por lo vivido estos días en Roma, en la peregrinación para el Jubileo de los presos. Aunque salgo de permisos breves, esta experiencia ha sido muy diferente porque no solo ha sido salir de la prisión, disfrutar de la libertad por unos días, moverme en espacios grandes y ver caras sonrientes... Es como si se hiciera realidad el sueño que tenemos los presos de que nos traten como a los demás: convivir con otras personas sin que nos señalen ni nos miren por encima del hombro.

Estamos acostumbrados a que los voluntarios sean respetuosos cuando vienen a vernos y hacen talleres, pero, como mucho, lo hacen de dos en dos. Esta vez éramos un grupo y parecía que todos éramos iguales. Creo que en nuestro hotel nadie se ha dado cuenta de dónde veníamos. Comíamos todos juntos y no se distinguían nuestras habitaciones de las de ellos. Por la calle y en las celebraciones, estábamos mezclados: reclusos, voluntarios, capellanes, funcionarios y familiares de compañeros a los que no les han dejado venir.

Y ha ocurrido algo especial que nunca pude imaginar: hemos estado todo el tiempo pendientes de una voluntaria que no puede casi andar. Cuando viene a vernos camina con muletas, pero para poder moverse estos días le han preparado una silla de ruedas eléctrica y nosotros la hemos acompañado en todo momento, nos hemos encargado de llevarla y, cuando había escaleras, la hemos cogido a ella y a la silla. Ha sido un esfuerzo grande de peso, pero lo hemos hecho contentos. Estoy orgulloso de poder ayudar. Nunca me había sentido tan bien.

Lo he hecho sin esperar agradecimiento y porque he querido, y me he dado cuenta de que produce mucha satisfacción. Entiendo la alegría de los voluntarios. Con nosotros, siempre están con los brazos abiertos y haciéndonos pasar ratos agradables, pero no esperaba que eso mismo lo pudiera hacer yo.

Nos han pasado muchas anécdotas, pero con todas nos hemos divertido. Por ejemplo, el avión se retrasó mucho tiempo al ir y al volver, pero yo me encontraba muy bien en el aeropuerto y no me importaba. Algunos voluntarios se movían de aquí para allá para reclamar e, incluso, nos felicitaron por lo tranquilos que estábamos a pesar de tener que esperar tantas horas, pero nosotros estábamos a gusto allí, observando todo. Era la primera vez que montaba en avión y que veía todo esto y estaba alucinado. Me ha parecido todo muy bonito.

El domingo nos levantamos a las seis de la mañana para llegar pronto al Vaticano, a la misa de la misericordia. Allí estuvimos sentados para esperar al Padre **Francisco**, que es el Papa. Mientras venía, se terminó de llenar la iglesia y rezamos y cantamos. Luego vinieron todos los sacerdotes y obispos en procesión y, después, el Papa, con una cruz de madera en su mano. Yo estuve al lado del altar. Él habló todo el rato de los presos y de la misericordia. Y dijo que entiésemos que cuando te caigas, tienes que volver a levantarte con fuerza; aunque sigas cayendo, levántate. Así es como yo me lo he tomado. Fue una cosa tan bonita, tan grande... que nos quedamos sin palabras. Yo no había visto nada así. Esto ha sido una experiencia en mi vida única, bonita, nueva, para empezar a ver la vida de otra manera, ¡con más claridad que antes! Lo he hablado con mis

compañeros y nos hemos puesto a pensar mucho sobre esto. Siempre hemos vivido en una mentira. ¡No es así! Porque hay que vivir la vida para disfrutar de una vida sana, bonita, con las personas que te quieren, que quieres y dejar de una vez por todas las drogas, la delincuencia, buscar un trabajo, vivir honradamente, que ya está bien esta maldita vida que siempre hemos vivido. Querramos vivir tranquilos, a gusto, coger aire puro de una vez por todas.

Queremos dar las gracias por habernos dado esta oportunidad de viajar en avión, de poder ir a Roma a visitar al Papa, que fue impresionante. Me ha gustado mucho todo y solo puedo decir: ¡GRACIAS! ●



Jonathan (a la izquierda), con otros compañeros de peregrinación



# “Abrid un nuevo capítulo de la vida”

Mil peregrinos de todo el mundo abandonan la cárcel por un día y participan en el Jubileo de los reclusos

ANTONIO PELAYO. ROMA

**B**ogdan, Eleanor, Guadalupe..., son algunos de los mil presos que han acudido a Roma para celebrar el Jubileo de los reclusos, el domingo 5 de noviembre, dentro del Año de la Misericordia.

Llegaron desde países tan diversos como Malasia, México, Madagascar, Suecia o, por supuesto, Italia. España contribuyó con 25 presos, de los cuales 18 eran hombres y siete mujeres, acompañados por **Florencio Roselló**, director del Departamento de Pastoral Penitenciaria de la CEE. Vinieron con ellos sus familiares, amigos, agentes de las instituciones penitenciarias, decenas de voluntarios y sus capellanes. Por algunos días dejaron atrás los barrotes, las celdas y los muros y se sintieron libres, mejor acogidos por la Iglesia y la sociedad. En los rostros de cada uno se reflejaba una historia de sufrimiento, de vejaciones, de tristeza.

La Basílica de San Pedro, en una fría mañana otoñal, los acogió a todos con los brazos abiertos. No se había montado ningún servicio especial de seguridad. La imagen de la Virgen colocada en el baldaquino de **Bernini** tenía en sus brazos al niño **Jesús** con una cadena rota; “las cadenas de la esclavitud”, diría **Francisco** en la homilía. A las diez, el Papa inició la procesión precedido por un nutrido grupo de prelados y capellanes



de prisiones; esta vez actuaban como monaguillos dos decenas de presos provenientes de tres cárceles italianas (cumplieron perfectamente sus funciones gracias al apoyo del maestro de ceremonias, **Guido Marini**).

En su alocución, **Bergoglio** buscó desde el inicio dar un mensaje de aliento: “La espe-

Varios peregrinos presos, junto al Papa. A la derecha, un momento de la ceremonia



ANTONIO PELAYO

## Fisichella

**S**iempre que aparece ante la prensa, **Rino Fisichella** “luce” unas magníficas ojeras. No es cosa de ahora; ya las tenía antes, pero, con los trabajos del Año Santo de la Misericordia, se le han marcado aún más. No tiene, sin embargo, motivos para quejarse, porque los últimos jubileos están funcionando bien, tanto a nivel de multitudes como de eco en la opinión pública. ¿Para cuándo el capelo cardenalicio? Algunos se lo habían pronosticado en este último consistorio, pero tendrá que esperar. ¿Por mucho tiempo? Eso solo el Papa lo sabe.



FOTOS: L'OSSERVATORE ROMANO

ranza es un don de Dios. Está ubicada en lo más profundo del corazón de cada persona para que pueda iluminar con su luz el presente, muchas veces turbado y ofuscado por tantas situaciones que conllevan tristeza y dolor. Tenemos necesidad de fortalecer cada vez más las raíces de nuestra esperanza para que puedan dar fruto. En primer lugar, la certeza de la presencia y de la compasión de Dios, no obstante el mal que hemos cometido. No existe lugar en nuestro corazón que no pueda ser alcanzado por el amor de Dios. Donde hay una persona que se ha equivocado, allí se hace presente con más fuerza la misericordia del Padre, para suscitar arrepentimiento, perdón, reconciliación”.

A sus “hermanos y hermanas reclusos”, les añadió: “Ciertamente, la falta de respeto a la ley conlleva la condena y la privación de libertad; es la forma más dura de descontar esa pena, porque toca a la persona en su núcleo más íntimo. Pero, incluso así, la esperanza no puede perderse. Una cosa es lo que merecemos por el mal que hicimos y otra cosa distinta es el ‘respiro’ de la esperanza, que no puede sofocarlo nada ni nadie. Nuestro corazón siempre espera el bien: se lo debemos a



la misericordia con la que Dios nos sale al encuentro, sin abandonarnos jamás”.

“Queridos reclusos –les insistió el Santo Padre con especial énfasis–, es el día de vuestro Jubileo. Que hoy, ante el Señor, vuestra esperanza se encienda. El Jubileo, por su misma naturaleza, lleva consigo el anuncio de la liberación. Suscitar el deseo de la verdadera libertad en cada uno de vosotros es una tarea a la que la Iglesia no puede renunciar. A veces, una cierta hipocresía lleva a ver solo en vosotros personas que se han equivocado, para las que el único camino es la cárcel. No piensa en la posibilidad de cambiar de vida, hay poca confianza en la rehabilitación. De este modo, se olvida que todos somos pecadores y, muchas veces, somos prisioneros sin darnos cuenta. Cuando se permanece encerrado en los propios prejuicios o se es esclavo de los ídolos de un falso bienestar, cuando uno se mueve dentro de esquemas ideológicos o absolutiza leyes de mercado que aplastan a las personas, en realidad no hace otra cosa que estar entre las estrechas paredes de la celda del individualismo y de la autosuficiencia, privados de la verdad que genera libertad. Y señalar con el dedo a quien se

ha equivocado no puede ser una excusa para esconder las propias contradicciones”

“Que ninguno de vosotros –concluyó– se encierre en el pasado. La historia pasada, aunque lo quisiéramos, no puede ser escrita de nuevo. Pero la historia que se inicia hoy y que mira al futuro está todavía sin escribir, con la gracia de Dios y con vuestra responsabilidad personal. Aprendiendo de los errores del pasado, se puede abrir un nuevo capítulo de la vida. No caigamos en la tentación de pensar que no podemos ser perdonados”.

Luego, en el ángelus, el Papa pidió “una mejora de las condiciones de vida en las prisiones de todo el mundo, de manera que se respete plenamente la dignidad de los detenidos. Además, deseo reiterar la importancia de reflexionar sobre la necesidad de una justicia penal que no sea exclusivamente punitiva, sino que esté abierta a la esperanza y la perspectiva de insertar al encarcelado en la sociedad. De manera especial, someto a consideración de las autoridades civiles de cada país la posibilidad de hacer, en este Año Santo de la Misericordia, un acto de clemencia a favor de los presos que considerarán idóneos para que se beneficien de tal disposición”. ●

## Prepara la Navidad junto a los niños con este fantástico Calendario de Adviento



17,50 € • 50 páginas

## Mi primer libro de Adviento

Ilustraciones y diseño: Karumina

Un magnífico libro con páginas de cartón troquelado, lleno de divertidas ilustraciones, **narraciones bíblicas** y breves **oraciones**.

Incluye **pegatinas** para completar día a día el **Belén ilustrado** de la última página. Contiene además una **Felicitación de Navidad** y una **Carta a los Reyes Magos** que los niños podrán escribir.

Resina, 1 • 28021 Madrid  
Tel: 917 987 426 / 427 • Fax: 915 052 050  
ventas@sanpablo.es • www.sanpablo.es

